Furiae

Mariana Iracheta · Draupadí de Mora
Alejandra Estrada · Sofía Santiago
Mariana Orantes · Haydeé Salmones
Marina Azahua · Mariana Oliver



Piedra Bezoar

Furiae



Fictocrítica

Mariana Iracheta · Draupadí de Mora
Alejandra Estrada · Sofía Santiago
Mariana Orantes · Haydeé Salmones
Marina Azahua · Mariana Oliver

Furiae



Piedra Bezoar

Primera edición: Editorial Piedra Bezoar, 2017
Colección: Fictocrítica
Título: *Furiae*
Autoras: Mariana Iracheta · Draupadí de Mora
Alejandra Estrada · Sofía Santiago
Mariana Orantes · Haydeé Salmones
Marina Azahua · Mariana Oliver



Edición: Mauricio del Olmo
Maquetación y diseño: Haydeé Salmones
Vectores en portada: Vecteezy.com
edicionesbezoar@gmail.com
www.piedrabezoar.com

Índice

lxx. To the Furies

Hear me, illustrious Furies, mighty nam'd,
Terrific pow'rs, for prudent counsel fam'd;
Holy and pure, from Jove terrestrial born,
And Proserpine, whom lovely locks adorn:
Whose piercing sight with vision unconfin'd
Surveys the deeds of all the impious kind.
On Fate attendant, punishing the race
(With wrath severe) of deeds unjust and base.
Dark-colour'd queens, whose glittering eyes are bright
With dreadful, radiant, life-destroying, light:
Eternal rulers, terrible and strong,
To whom revenge and tortures dire belong;
Fateful, and *horrid to the human sight,*
With snaky tresses, wand'ring in the night;
Hither approach, and in these rites rejoice,
For ye, I call with holy, suppliant voice.

The Mystical Hymns Of Orpheus
Traducción de Thomas Taylor


Gaea

Las mujeres de mi tribu

Hechas de miedo colado
Olor a Dulce con Sangre
Cáscara de mandarina
Níspero, Aceite
De Sésamo y Jazmín
Entre las piernas
Para correr sin prisa
Gardenias con voz
De Girasol
Ser Forasteras
En tierra de nadie
Besarlos a todos
Los con frío
Las con hambre
Arrullar a todos los hijos
Ser madres de la gracia
Nietas de la misericordia
En un Vientre Robusto

Inflado de Puros Suenios
y Esperanza
Lágrimas de azúcar
Comino y Copal
Corazón de tabaco
Tostado a las brasas
Con Salvia Blanca y Lavanda
Corazón sin flecha
Brújula de todos los rumbos
Garabato de ninio dormido
Profeta de las Fresas Santas
Con Salvado Italiano
Para salvaguardar las buenas intenciones
Flores de algodón en el ombligo
piedra de la luna

*

Palabra parábola
Boca de Alebrije Chimuelo
Que recita a Borges en Bourges
Trote calmado de Costa a Cresta del Sol
Carretera Jilguero
Paracaídas para dos
Que Nunca van a caerse

Siempre
Receta de Jengibre con Almohada
Para Hidratar el Alma
Confianza para llevar de SouVenir
Viniendo de la muerte
Acarrear la vida
En mi Útero Cantante
Aprendí a llorar a mis amantes
para honrarlos
Menos Drama y Más Amor
A Las mujeres de mi tribu
Ser tierra fértil
Ruisenior
Pantano
Selva
Hiedra
Sin temor
Terremoto
Colisión
Lodo
Cristal de Cuarzo

A Mariana

Autorretrato

escribir sobre el miedo…*

encima del miedo
¿qué hay?
sobre el miedo escribir
¿qué hay?

la vida corriendo sobre el miedo
la vida que se escurre
la vida que se arroja
la vida que se encrespa
la vida que se nos olvidó sobre el miedo
como sobre una tabla
o
una mesa basta

* Poema incluido en *El jardín de los violadores amables*. Santiago: Ediciones GO, 2016.

una migaja que no alcanzó el trapo sucio

así la vida sobre el miedo
delicada miga de pan
en el bolsillo de cualquier cualquiera
en el sueño de los hambrientos
cena a la que no nos invitaron
en la mesa de la vida
para contar qué es la vida

sobre el miedo
sobre la mesa
les dejamos migas
como hansel y su hermana
del pan que comimos
rumbo al bosque

Autorretrato i

Ciega de polvo
en el corazón nublado
de mi lengua seca
asfixia el silencio.

En el exilio de mis voces
desarmo mi cabeza en ayeres
espina por espina
me descifro.

Autorretrato II

Pertenezco a la tradición de la materia, a su costumbre de no permanecer, de transformarse, de involucionar. *En el principio era el Verbo*, el gesto, el fonema y el quejido. Soy de naturaleza gutural. Letra primitiva, signo rupestre, significante salvaje, grito.

Soy de barro antiguo: me humedeció el llanto que derramó Heráclito porque no pudo detener el río. Mi corazón palpita el caos, es la casa del relámpago. Soy la infancia perdida de Afrodita; las serpientes caídas de Medusa adornan mi sueño; mis ojos son guijarros, runas, ruinas, cenizas de Alejandría, polvo de letras.

Prematura. De siete lunas fui arrojada a un mundo al que no pertenecía. Nací en la víspera de la nostalgia, en la madurez de las confabulaciones de mi madre. Yo era el rumor que la sobresaltaba cada noche. Los años de mi ausencia maceraron su vientre. Pude haber tardado la eternidad esperando en otro lado, lejos de la tierra donde se cosecha lo muerto, lejos de la soberbia de los hombres. Prematura.

Nunca estaré lista para enfrentar el ruido y su tormenta.

Hallazgo

Desempolvé mi rostro y ahí estabas.
Nostalgia arcana
negué ser tu corazón sometido por el silencio
negué ser agua del cauce de tus ojos
oculté los restos de luna que desmoronaste
[para teñir mi piel
pero ahí estabas
en mi cabello
color pasado boscoso,
en mis ojos
apocalipsis de tu gemido
en mi piel
que tejiste de tabúes
me derramaste al mundo
con mi herencia en las venas
con mi corazón de agua
con mantos de miedo.
Tu regazo intentó acallar mi sexo
pero me crecieron alas
y me hizo el amor el aire
y le entregué mi lengua
y tu fe no pudo salvarme.

Madre
juguemos al espejo
tú eres boca y yo palabra
no podemos
Madre
tú eres tierra yo soy viento

I

Soñé con flores y con espejos. Amanecí marchita e irreconocible.

II

Despertar es un vértigo. Abro la ventana. La rutina está quieta allá afuera: vecina que riega flores, pájaros ciegos que canturrean, mujeres en el pasillo de las trivialidades. Ojos murmuran entre las cortinas. Frente a mí, esta ventana. El espejo a mis espaldas. Me asustan las formas de la nada.

III

Este lugar quedó ciego, pero no canta como los pájaros después de mi ventana. Los restos de luz enrarecen la parte líquida de mis ojos. Bienvenida al imperio del silencio. Lo único que se refleja es mi voz en el aire. El pensamiento me ha desposeído.

IV

Amanecer es una excusa para no reconocer que el hombre es sólo caos fragmentado y esparcido por los días.

V

Quiero despertar siempre sola. Sin voces que perturben los rastros de mi sueño. No quiero que nadie me vea salir, no quiero vestirme. La luz hoy es benévola y besa mis pezones. Esta desnudez no es natural para mi espejo, debe ser un artificio del insomnio.

Es ésta mi condición de fantasma

Es ésta mi condición de fantasma,
de suspenso inadvertido;
aire golpeando las paredes.

Pasarás por el tiempo
sin ser vista,
ni amada;
todos los días repetirás el llanto
y no habrás de lanzar un gemido auténtico,
un espanto que traspase
la realidad y sus bordes.
Vanamente buscarás
un sitio que no sea la soledad,
éste y cualquier camino
te harán volver.
Sólo te fue permitido
el silencio

en un mundo de relevancias sumergidas.

Heme aquí,
no he dicho nada.

He abolido la noche y el espejo

He abolido la noche y el espejo.
Melancólicos secretos urden el azar.
***[(Nostálgicas máscaras urden [la trampa d]el azar)
Veo desde el resquicio
La espléndida carcajada del monstruo.]***
La certeza abre sus fauces.

Se acabó.
Yo creé este fragor de olvido,
la difusa pradera de un sueño,
el animal triste,
la silueta de los días,
el mar,
su ausencia.

*

He abolido la noche y el espejo.
Melancólicos secretos urden el azar.
[y] La certeza abre sus fauces.

Se acabó.
Yo creé este fragor de olvido,
la difusa pradera de un sueño,
el animal triste,
la silueta de los días,
el mar,
su ausencia.

El tumulto de los días

El tumulto de los días
hace que recuerde
cómo va disminuyendo
la calidez de las palabras
y la sutil oscilación
de mi pensamiento.
El ausente hilván de una voz
trae consigo mi ruptura con los hombres.

Crece el olvido,
la pesadumbre de quien ha visto
retorcerse el aire en la lejanía.

Más allá de las marionetas
fluye un misterio armónico que se expande
y parece bailar con el silencio.
Todo lo que se desliza en aquella oscuridad
adormece las sensaciones
hasta devolverlas a la nada.
Las imágenes se diluyen,
cada cosa encuentra su anonimato...

La algarada de la falsedad
me recuerda
cómo se va cerrando
en torno mío
la vida.

Alteridad

Cómo he de anunciarles el presagio del silencio…
[Soñé que me sumergía en la ausencia del páramo,
en la luz total del desvanecimiento.]
El pasado absorto muestra la realidad de mi tiempo,
parpadeo y olvido qué he sido.

Cómo voy a decirles que no sé hablar de la herida,
ya no puedo nombrarla, se han disipado los engaños.
La sangre cabalga sobre sangre,
no hay nada más verdadero.

Hay un coágulo mudo a mitad de la noche,
solo.

Ellas sospechan lo indecible, la oquedad.
Entro al sitio de la perfección del dios inexistente.

Busco entre la bruma de los muros cerrados

Busco entre la bruma de los muros cerrados
una voz que destienda la angustia
y cubra la noche de los indolentes
con su fragor.
En soledad, una voz...

Que la palabra penetre en ellos
hasta desmembrar su última esperanza.
Que el temblor sea la caída
de cualquier telón.
Han aferrado sus extremidades
al letargo,
al olvido de los días inútiles.
Sonrientes títeres del abatimiento,
construcciones ilusorias del carnaval.
Que el quebranto de los cristales
sea el acorde de la vehemencia.
Que muera al fondo de sus ojos
el destello vetusto.

En soledad, una voz.

Debo creer que mi lenguaje puede salvarme de los resquicios del absurdo

Debo creer que mi lenguaje puede salvarme de los resquicios del absurdo.

He de prostituir cualquier figura contigua para urdirme sobre el páramo. Se alzan todas mis ausencias con tenue docilidad y desplazan las mundanas carcajadas, las aristas del terror. Es momento de nombrar lo muerto.

Escucho el sollozo pueril de la brevedad. Me atrevo, apenas, a insinuar la calma y señalo en el umbral la luz inexistente sublevada en su fragmentación, y oscila, y surge, y es inmortal.

Partículas enigmáticas de la nada.

Una noche me adherí al sueño de las piedras y cuando el mundo traspasó mis ojos, no pude sino sumirme en la congoja de un sepultado. Tristes musarañas me abren paso al día; pienso en cómo confabular el silencio imposible, cómo resguardar al lenguaje de la mutilación. Las palabras sólo

deben revelar lo que no existe, lo que ha pisado nuestra memoria sin llegar a ser.

Alba

Habría querido para mi sombra
un páramo secreto
que desdibujara
las grietas por donde discurre la soledad.
La vastedad del silencio
disgregado en la penumbra
bajo las esquirlas de un cristal
fulgurante y señero.
Un instante de reflejos sosegados.

No la ínfima quimera de un refugio,
no los infiernos soterrados de quienes ululan
en mi quebranto perpetuo.
Sol sin origen.

Alecto

columna de hierro*

una fila larga
de botas de cazadoras
estaban con sus sueños
de aurora o de noche o de algo
en una fila larga
de pantalones grises
de fusiles negros
con las manos todavía calientes
de perseguir gallinas en el campo
rodar en la hierba
con la muchacha
beber agua que sabía a otra agua
porque era agua del campo

* Poema incluido en *El jardín de los violadores amables*. Santiago: Ediciones GO, 2016.

en una fila larga
de gorras con viseras
y calaveritas relucientes
estaban sus juventudes firmes
sus hambres dolorosas
pero más relucían las botas
en la larga fila
espinazo de vaca
vértebra   médula   columna

de dos en dos
se mueve la serpiente
estaba   estuvieron
enroscadas las arterias al latido
habrán pensado...
y dejaron
como la barcaza que se va y boga en altamar
lo dulce por el filo del ojo huir
entonces alguno
alguien   escuchó
al pájaro que anuncia lluvia
la única sabiduría   escuchó
del pájaro   decir
sí   hagamos lo que hagamos
sobre estas cabezas

las nuestras y las otras
las muertas y las otras
hoy
lloverá

Qué ganas de derretirse sin miedo a la posibilidad de la caída, dejar el temor a la derrota colgado en la toalla mojada de la alcoba con luz amarilla

Qué ganas de poner la puerta cerrada y apagar la luz hasta que sea martes, dormir una siesta marina hasta curar el Atlántico con baños de sal y paciencia mar-íntima

Qué ganas de andar descalza sobre el charco de la memoria sin nombre propio y con selva compartida trepar remansos trampeadores de una sala terciopelo con sillón de quítate la prisa junto a los zapatos, evita los taxis y pagar *taxes* hasta que sea inevitable viajar a Texas. Dejar de ser tóxica para los hijos que todavía no tienes fue el primer paso hasta encontrar el amor, y conste que digo encontrarlo y no buscarlo porque el encuentro reside en la capacidad de habitación, en la receptividad de aceptar al que vive adentro y hacerlo apto para recibir inquilinos y decir que no

Que no quiere mostaza en la rendija de las ojeras

Que no quiere lavarse las huellas de carretera

Que no piensa pensar en los pormenores de un pasado mañana

Y que el primer paso para la salud mental es hablar de tus sueños con alguien en quien confías cuando acabas de despertarte, y aprender a ser ese alguien en quien confiar y aprender a despertarte y aprender a contarte tus sueños hasta que te lleven al despertar que te aguarda en la confianza del aprendizaje, el sendero de la salud mental que es la salud del vientre y la salud del ánimo y la salud del ánima y la salud de las margaritas que quiero en mi jardín de arriba para aprender a quererte cantando, acurrucando en mi jardín la sensación de ser un puente entre el agua y la maceta, hasta que suceda la rebelión de las flores y se rehúsen al envase de barro con metal y salgan a regarse hasta el lavamanos y saciarse de auto-suficiencia

Admiro a la madrugada y su sabor atmosférico que invade sigilosamente hasta seducir el último, el primer rincón de la luna en el reflejo de un caimán en paseo de la Reforma y el temor de una mujer joven de hacer castings al papel de

"Mujer auto-suficiente" para pagar la renta y convertirse en la flor salvaje que siempre fue

El último día que vi a mi abuelo me dijo que mi nombre significaba Selva mientras describía bajo el efecto de la morfina cómo se sentía que las hormigas le acariciaran los vellos de las piernas hasta quedarse dormido; cuando pienso en la palabra selva se me quita el miedo y dejo que la madrugada se me cuele debajo de los calcetines; la palabra calcetines me recuerda a su habitación con olor a madera y la caja de secretos que guardábamos abajo de la cama, con el recorte de la cara de un torero después de recibir catorce puntadas en el culo, un flamingo de plástico y un corazón de metal con el centro brillante de las ilusiones femeninas de una niñata que quería tener barba cuando creciera, hasta que conoció el cabaret y el pegamento líquido para emergencias fugaces

Mi abuelo decía que tenía poderes mentales y que se activaban cuando yo le hacía saber que tenía muchas ganas de algo, como que mi papá llegara temprano al jardín para llevarme lejos a cualquier lugar de la carretera donde la música sonara suficientemente fuerte como para que la importancia de mi nombre se disolviera en las ganas de permanecer acurrucada en el regazo de un fantasma adolescente

escuchando a Rod Stewart en un mix con Billy Joel y Scott McKenzie. Sabor a estoy en mi segunda semana de trabajo como recepcionista y hace tres días que no me va tan bien pero tengo toda la buena voluntad de ser paciente

La palabra paz-ciencia se me ha pegado como aguijón desde aquella época de los poderes mentales de mi abuelo, me decía que me imaginara el trayecto del auto de mi padre desplazarse hasta nosotros, con los ojos cerrados, y que cuando los abriera él ya iba a estar aquí, mi abuelo dirigía esta meditación urbana con narrativa periodística, que incluía los altos de los semáforos, las paradas al baño, los topes altos y las fracciones de segundo en que el auto se detenía para sonarse la nariz

Sin darme cuenta me inició en el sendero de la visualización creativa y el mal hábito de pensar que podría controlar el flujo de las cosas si tenía muchas ganas de que sucedieran, crecí con confianza en el poder de la palabra y la voz y con cautela de los deseos que pudiesen cumplirse sin en verdad quererlos

La escritura es un bálsamo que me rehusé a ocupar en aquella época donde comencé a instruirme en que la literatura como cuerpo conceptual era algo a lo que yo tendría

que agradarle, ahora tengo ganas de dormir pero mi trabajo como recepcionista y mi labor como vigilante de las esculturas de madera me requiere despierta, escribir me consuela de despertar temprano, escribir me consuela de escribir a tiempo, escribir me consuela de amar demasiado temprano y recordar con cariño los pasajes transitados, sin dolor, domar a la muerte entregándome a la impermanencia antes de que me siembre una cachetada

Me durarán hasta septiembre las ganas de abofetear el suelo

I

Tus manos soltaron el regazo
para sembrar la carne
para cosechar el canto de la tierra.

Una madrugada, padre,
abandonaste tu infancia
para caminar el silencio
para huir de la estirpe del asesino.
Padre, tu única culpa era ser un niño.

II

Te exiliaron de la región del sueño
te condenaron al concreto

sin alfabeto
con humo de leña en la memoria
sin zapatos,
con olor a frutas,
sin juegos
con prisa de arroyo
sin ojos
con miedo
Padre, bajo la falda de tu madre cabía el mundo entero.

Orfandad

Herida de silencio
viajo a la intemperie
de tu cuerpo.

¿A quién alumbraré
con los amaneceres de mi vientre?

Amordazo mis piernas
mi boca carcomida por la verdad
se desmorona   sobre   el tiempo.

¿Quién sufre el temporal de tu rostro?

La muerte se repite   en   la mirada
la noche cae en ruinas.

Bajo el escombro
mi lengua convulsa murmura
la pesadilla de tu nombre.

Casandra

“Es el instante de poner cerrojo a los labios”
Alejandra Pizarnik

I

El dios sembró la verdad muerta
en mí, tierra sin sonido.
Soy madre de la palabra seca
de la que brota hecha polvo,
la que no habita ningún tiempo.

II

El dios desarmó mi boca con su ira,
de raíz me arrebató la lengua.

III

Enfermé de palabra.

IV

El dios necio retorció sus oídos.

V

Todas las voces me habitan
todas las palabras se despeñan desde mis ojos
todos los sonidos en mí se precipitan.

VI

El dios era mi voz,
el hogar y el lecho,
la revelación y el presagio.
Mi semilla era su oráculo.
Era yo la voz del dios
el grito de su estirpe se regaba en mi ombligo,
In illo tempore
los hombres nacían de nuestro sonido.

VII

El dios enfermó de ceguera.

VIII

Mi voz, apenas sombra,
incendia hombres
desdibuja ciudades;
mi voz, profecía de los adagios disonantes.

IX

Dolor que reverbera en el canto
procesión de ecos en la garganta inerte
memoria estancada de los muertos
sonidos mutilados por la incertidumbre
es mi voz.

X

El dios me abandonó al silencio,
carcomió mi boca
condenó mi palabra a ser estatua
edificó las murallas y forjó el cerrojo.
El dios, plaga de paranoias
veneno silbante,
mi piel, carroña para su furia,
y estigma de cobardía, mi corazón.

A mi abuelo Ezequiel

Del color de la tierra era el imperativo de tus ojos y tus manos, capaces de matar la piedra. Tan largo era el filo de tu lengua, que yo pronuncio tus palabras ensangrentadas. Tu estirpe de dolor hemos cosechado.

Tú, hombre acompañado de machete, desposaste guardiana de maíz con promesas de silencio y vestido negro, ave de mal agüero. Y con todo lo no dicho le construiste un nuevo destino en la espalda.

Del color de la tierra era tu mirada.

No te recuerdo, te imagino. Son rumor esas memorias que te hacen. No puedo decirte. De ti me habla el olor de la tierra y tu epitafio:

Aquí yace la voz de un cuerpo atormentado
voz que retumbó en rostros
porque era voz que nacía en manos

aquí yace el temple de un destino silente
yace corazón atado.

¿Cuándo es mañana?

Su madre la llevaba al mercado todos los días. Una trenza de cada lado, una bolsa miniatura que simbolizaba el destino hogareño que la esperaba. Sus zapatos blancos y un vestido con un gran moño detrás.

Amaba el trayecto que iba de la pequeña casita de puerta roja al alboroto del mercado: una pared con un pegaso pintado, una anciana que le regalaba un dulce, el parque con esos árboles que tiraban pequeñas manzanitas. Quizá lo más difícil era atravesar el puente. Su altura la hacía sufrir a cada escalón. Imaginaba que se caía de él y al bajar sentía que su estómago seguía en el cielo. Sólo la mano de su madre la ataba. Ella se aferraba al apretón de su madre y entonces perdía el miedo.

Llegar al mercado era una especie de carnaval. El olor a plantas mezclado con el de las frutas y el pescado. No le gustaba pasar enfrente de la carnicería. Siempre había agua, charcos, mares de suciedad y podredumbre. Para sus pies de cuatro años, los pasillos del mercado eran una travesía. Travesía que su madre enfrentaba con el sueldo pequeñito de cada quincena. "Es todo. No te puedo dar más" decía el padre con voz definitiva. Ella sólo pensaba "Y qué hago yo con esto". Racionar.

La parte del viaje que la niña disfrutaba más era cuando llegaban a los puestos de juguetes. El vértigo del puente había valido la pena; el olor a pescado y los resbalones en el pasillo de la carne no fueron suficientes para detenerse porque sabía que al final estaba ese pasillo grande, lleno de puestos con muñecas, casitas, pizarrones y cocinitas. "Mami, ¿me la compras?" "No, hija, mañana", respondía la madre con una sonrisa improvisada. Y la niña brincaba de gusto porque sabía que mañana tendría esa muñeca o la pelota de mariposas o todos los juguetes que ya había pedido alguna vez.

Y así todos los días; "Mami, ¿me compras este?", "Mami, quiero ese peluche". La respuesta era la misma todos los días: "mañana". Y la felicidad era cada vez más grande. Mañana el oso, mañana la muñeca, mañana los dulces. Mañana, mañana, mañana...

Una tarde, la madre cocinaba y la niña, sentada en el suelo, la observaba pensativa. La melodía de cucharas y hervores se vio interrumpida: "Mami, ¿cuándo es mañana?". La pregunta se volvió barullo, estruendo para la madre atónita frente a la estufa. Algo, sin duda, estalló en su memoria. "¿Por qué, hija? ¿Para qué quieres saber cuándo es mañana?" "Es que tú dijiste que mañana me comprabas mi muñeca, pero no sé cuándo es mañana. Yo quiero saber cuándo es ese día". ¿Cuándo es mañana?

Megera

economía del lenguaje y otras chuchas*

y
además del ominoso nombre
de amantes
podemos referirnos a ellos
como
conjunción
copulativa
coordinada
y

* Poema incluido en *El jardín de los violadores amables*. Santiago: Ediciones GO, 2016.

Dices “Lamento si te fallé”

Cuando metí mi pene en tu boca sin que quisieras y supuse que querrías quedarte, que venías a mi casa en busca de una cogida y no un abrazo, porque coger y acoger no tienen mucho de distante cuando tienes quince años

Lamento si te fallé cuando encargué a mi mujer que te obligase a dejar de llamarme padre porque quería ser un azulejo más en el baño del segundo piso en la vecindad de tus recuerdos y no éste a quien llegaras en busca de casa y un brazo refugio para quejarte que la vida es una queja y es mejor darte el libro rojo con dedicatoria adolescente porque a los 15 años tienes que entender que el sexo es sólo sexo

¿Y si no?

¿Quién fuiste para decirme que no?

Porque cuando te gusta caminar de noche estás condenada a la sed por tener una boca con tanta hambre, es tu multa por querer ser otra cuando no sabes quién eres y voy a dibujarte una cara, porque me cuesta follarte si me acuerdo que te crié y que fui yo quien te dijo que tus manos tenían derecho a ser pincel y montaña

Pero sé valiente, las mujeres guapas no pueden tener miedo y tú no tienes derecho a ser una niña, pero sé valiente, las mujeres guapas no pueden tener celos y tú no tienes derecho a estar sola con placer, porque allí estoy yo, haciéndote dudar si existes, parándome a mitad de la carretera y preguntándote si quieres que te coja en una curva sin signo de interrogación mientras me dices que hace frío dentro de ti y tiemblas porque tu hermano quiso dejar de ser tu familia y ahora quiere que lo salves

Quiero que veas crecer a mis hijos, dibuja un Dragón con el pequeño, llévalo a su habitación y pídele que le dibuje un compañero mientras yo te llevo a una esquina invernal que te sepa a verano porque no me sabes decir que no

Y te hablo del Evangelio mientras te llevo de regreso a una casa en donde no quieres vivir y vomitas por la ventana del auto, porque me haces creer que te gusta el vino, porque te

has hecho creer que estar borracha es un lugar seguro y yo quise creerte cuando me dijiste que no te importaba si te veía las piernas, pero yo no quería verte las piernas y tú no querías desvestirte enfrente del espejo

¿Qué querías?

¿Qué quieres?

¿Qué se supone que debo de hacer cuando me dices que sobreactúo que soy humana?

¿Quién querías ser conmigo y cómo te convertiste en esta cicatriz?

Dices "Lamento si te fallé". Pero nunca tuviste que follarme.

Perséfone

Mi voz destila otoños
punza melodías y rasga el tiempo.

Silencio.

La tierra gime a mi paso.
Es la hora en que florecen sombras
y de mi garganta herida
emana el invierno.

Silencio.

La diosa descalza
camina en los umbrales de la ceguera
se disuelve en agualuna
llama en mengua.

Escondidillas

Mamá cree que me escondo entre sus macetas por un juego. Siempre que llega de trabajar me encuentra entre zábilas marchitas y colas de borrego pisoteadas. ¡Mira nada más! ¡Ya me rompiste mis colitas de borrego otra vez! ¡Te he dicho mil veces que juegues en otro lado! ¡Órale, sácate de aquí! Y entonces me agarra de los cabellos y me arrastra hasta la puerta de la casa. Lo que no sabe es que a mí no me gusta estar entre las plantas, no me gusta ni como huelen, ni que rasguñen, pero es entre las macetas el único lugar en donde mi papá no me busca. Prefiero oler la humedad, las hojas podridas y sentir el frío antes que las manos duras de mi papá.

Cuando entramos a la casa, mi mamá ve que no lavé los trastes y que la escoba está tirada en medio de la sala-comedor-cocina-recámara y entonces empieza a gritar otra vez. ¡Eres una huevona! ¡No sirves para nada! ¡Órale, no te me quedes viendo y calienta las tortillas! ¡No empieces a chillar que te rompo el hocico de un fregadazo! Yo no tengo sed, pero me trago todas las lágrimas.

Mi papá sale del baño. Siento sus ojos pesados sobre mí, todo en él pesa: su voz, sus manos... La tortilla comienza a quemarse. Yo veo el humito que sube desde el comal y me

imagino lo bonito que sería volverme humo y luego nube y perderme en el aire. De pronto el peso que me miraba interrumpe mi escape con un golpe. ¿Qué no estás oyendo a tu madre? Me guiña el ojo, hace esa seña de silencio y me dice "No querrás hacerla enojar más, ¿o sí?" Y siento cómo se me mueve la panza de un lado a otro. Luego, todo se vuelve blanco.

Amanecer. Esperar. Mamá se va. Esperar a que él despierte. No querer que él despierte. Escucharlo caminar. A veces me alcanza. Otras, sólo abro la puerta y corro al lugar que no imagina, al que nunca llega.

Anécdota para un relato

> "El camino también desaparece mientras lo pienso, mientras lo digo"
>
> Octavio Paz, *El mono gramático*

En el espacio ignoto reverbera nuestra imagen por última vez. Cualquier proceder desde aquí no será más que memoria, búsqueda desde el abandono hacia el centro que construye el gran caleidoscopio: el sueño, la nostalgia y la imaginación. Por eso aquella tarde se desbordó el miedo en mis pupilas. Había empezado a urdir, sin quererlo, un trecho de contemplación. En eso consistía solamente nuestra colocación dentro del espacio abierto, te estaba trasladando al páramo que imita toda imagen. Traslúcidas, figuras anquilosadas por la espuma.

Decías que contara veinte pasos de la orilla hacia el interior. Alcanzaba a oírte exiguamente, tus labios modulaban la

disposición más segura de mi cuerpo una vez atravesada la línea. Una atracción de vocablos hacia el olvido de las cosas. Entonces avancé, contaba dos veces y me detenía. Pasaba la primera marejada, volvía sobre mis piernas y se incorporaba al ponto. El desequilibrio duraba unos segundos. Toda la escena como una premisa crucial de reflexividad. Y yo pensaba en cómo la repetición iba paralizándonos en otro tiempo, cercanamente transcurrido. "Ven, entra, un poco más, hasta que sólo parezcas un torso hendido por el mar".

Esta efigie enhiesta ha atravesado sombras milenarias para asistir a la mirada; tu mirada que corroe la persistencia en este sitio. Y si describo detalladamente tus pasos en la arena medrará tu proliferación en ese otro plano que distiendo ahora, sin embargo te estás borrando de todos las aristas elevadas. Perdemos el instante para transgredir otras llanuras. Ésta, y la otra donde no hago sino evocarte como una palabra, una esencia, un sonido que dispersó la brisa mientras contaba. Faltaban cuatro pasos. No habías dejado de reír un solo momento.

Para que se borre hay que nombrarlo. Para que permanezca hay que darle nombres, formas que construyan puentes especulares. ¿Estos dos personajes estaban solos? ¿Qué matiz traspasaba las cosas? ¿Cómo entender la relevancia

de este hecho? ¿En verdad, no lo entiendes? La intención de esto es acceder a una claridad errante. El cuadro es simple: ella tiene miedo pero insiste en incorporarse al mar, no por la cercanía a él: no; sino por la *contemplación*. Pero esto no tiene importancia. Lo que sucedió después se resume con facilidad. A dos pasos de distancia, ella atravesó un estado incomprensible, casi pictórico, escénico, artificial: el vértigo producido por el movimiento inmutable de las olas, la distancia no corrompida. Distancia metafórica, si quieres. ¿Metafórica? Sí, la pregunta clave. Después de la palabra "distancia" y a partir de esta escena puedes seleccionar diversos complementos: distancia temporal, distancia en el recuerdo, distancia originada en un "ir hacia" la evanescencia, fulminación, ausencia, distancia que hace posible la escritura ¿Ahora comprendes?

Sin título

Éste es el centro desde el que has decidido instaurar tu nombre. Te has llamado, has ido a tu encuentro que no eres Tú sino Yo. Te abrazas a la palabra que te invoca ¿cómo asirse a una luz que se refracta, cómo ser el objeto de lo que no es sino por semejanza?
Como no poder verter la contemplación de la memoria sin saberse deformado
Como querer postrarse ante el raudal sin arrastrar la imagen
Como abrirse a la sensación del peligro no temiendo
Como tu cuerpo invocado
Como tu ser en la vida
Como caminar sin nombre
O caminar en páramos que no tienen senderos
O tocar un cuerpo ajeno, como el reflejo, como escribir
Como no dejar de proferir lo que no eres a través de signos que no te pertenecen, signos abriéndose al espasmo de tu surgimiento.
Emanación siempre falsa de tus aristas en el espejo.
Éste u otro.
El que has mirado como si se te ofreciera el mayor de los milagros y las revelaciones.
Acude al fin a tu boca,

al sonido que te crea.
Fingimiento de la ingenuidad,
del amor,
de todo.
Como todo.
Como ceñirse a la mentira más hermosa,
sólo por ser tuya.

Acíbar

Vienes de la vacilante memoria
de un acorde vítreo.
Armonías especulares
que cerca de mí apresuran su pulso.

El mar abisma los rostros
y devuelve ilegibles trazos de tiempo,
permanece en la superficie
el tardo movimiento del olvido.
Me precipito a la penumbra de tus pasos
y sé que perteneces al secreto de la muerte,
Acíbar.

Despliegas sigilosamente el mar ante mis ojos,
una silueta ondula en la orilla.
Es el recuerdo que te invento
desde la precariedad del miedo.

Dos ojitos

Mi mamá dice que soy sonámbulo y por eso tiene que encerrarme por las noches, le da miedo que tropiece o que no calcule bien la distancia entre los cuartos y caiga por las escaleras del pasillo, pero la verdad es que no soporta que la vea dormir. No le gusta pensar que espío su respiración entrecortada, ni que escucho sus débiles ronquidos que a veces disfrazan apagados suspiros.

Ella dice que salgo de mi habitación descalzo, que no me importa el frío del piso ni la oscuridad absoluta de la casa. Dice que cruzo dormido por el pasillo, camino a un lado de las escaleras e invariablemente abro la puerta de su cuarto. Me cuenta que entro a la habitación despacio, rodeo la cama matrimonial por el lado derecho, esquivo el tocador y me quedo de pie junto a la cama, mirándola dormir. La inspección vacía de mis dos ojitos en la oscuridad despierta a mi mamá, como si mi mirada pudiera sentirla en la piel, y ella tiene que llevarme de vuelta a la recámara. A veces,

es cierto, también estiro mi mano sonámbula y acaricio su mejilla con ternura, cosa que la sobresalta y enoja aún más.

Yo no tengo memoria de mis andanzas nocturnas, casi dudo que sucedan, pero ella insiste en encerrarme. Ha colocado en la puerta de mi habitación una aldaba de hierro y la sujeta con un pequeño candado. A veces imagino que ésa es la puerta que me lleva al sueño y a algo más allá lejos. Hasta donde sé, sólo ella tiene la llave y sólo ella puede abrir la puerta por las noches.

*

Desperté en la madrugada con ganas de ir al baño, pero olvidé que la puerta estaba cerrada. Traté por todos los medios de aguantarme, como si de ello dependiera mi vida. Para distraerme intenté leer el libro de Ciencias Naturales de la primaria y repasar las lecciones de matemáticas, pero no funcionó. Las ganas iban en aumento, yo sentía cómo dentro de mí algo se hinchaba y, con dolor punzante, la orina exigía salir. Tuve que gritarle a mi mamá para que abriera la puerta, pero creo que no me escuchó porque estaba con un amigo que vino a visitarla. Le grité tres veces y nadie vino a abrir la puerta. A la cuarta intenté gritar con todas mis fuerzas pero se me salió la pipí: quedé mojado en un charco que al principio era caliente, pero

casi de inmediato se fue enfriando para mi disgusto. Tuve una sensación de suciedad, de sudor pegado, de baba fría. Comencé a llorar porque no sabía qué hacer, sólo podía pensar que mi mamá se iba a enojar muchísimo, pero juro que no lo hice a propósito.

Cómo me hubiera gustado que alguien abriera la puerta.

*

No me gusta la época de calor: la ropa se pega al cuerpo, las sábanas están calientes, me da sed todo el día y lo peor es que hay muchas moscas. Parece como si todas las moscas del mundo se confabularan en mi contra y un día decidieran entrar sólo a mi habitación. No hay nada peor que una mosca gorda y fea en la noche, zumbando mientras uno intenta dormir.

A veces siento que lo hacen adrede. Cuando es de día aguardan y miran desde el techo para mí imposible de alcanzar. Luego esperan a la noche, cuando estoy dormido, para volar cerca de mis orejas o posarse sobre mis párpados, retumbando sus alas como si fueran gritos de horror para espantarme el sueño.

El otro día las moscas me asustaron tanto que le grité a mi mamá, pero en su lugar vino uno de sus amigos con un

matamoscas. Una por una las moscas cayeron mientras yo las guardaba en el frasco que me dio mi abuela hace mucho tiempo para guardar luciérnagas, cuando ella aún vivía y los tres comíamos juntos y yo no caminaba dormido por las noches.

No sé de dónde sacó el amigo de mi mamá la llave para abrir la puerta de mi cuarto, pero después de matar a las moscas me dio una paleta de vainilla y un beso en la boca que —según me dijo— era de buenas noches, pero se sintió caliente, como si ardiera.

Después el hombre estaba detrás de mí, su sombra se proyectaba sobre la cama; a ratos parecía enorme y después parecía coronarse con la luz del farol, luz mercurial que entra por la ventana. Desde donde estaba, sólo podía ver mi lámpara de noche y el reloj en la cómoda que marcaba las 12:30 am, pero luego ya no quise ver nada más y me cubrí mis dos ojitos con las manos. Cuando se fue, ya no pude dormir y más tarde me dieron ganas de ir al baño, le grité a mi mamá, pero nadie me abrió la puerta… otra vez.

*

Desperté en la madrugada por un intenso olor a cigarrillo. No me gusta que mi mamá fume con sus amigos, ellos deberían decirle que está mal, que da cáncer, mancha los

dientes y arruina los pulmones o al menos eso es lo que dice el señor presentador de la televisión: un tipo de amplia sonrisa, dientes blanquísimos, grandes, enormes, colosales; gotitas de sudor como chaquiras cosidas a las arrugas de su frente amplia, cabello negro, un poco revuelto pero con dejos de gel o brillantina; figura alta en traje gris, brazos largos y zapatos negros, pulidos. Se parece al amigo de mi mamá que viene a visitarme por las noches, cada tanto, desde hace tres semanas.

Me recosté en la cama, me tapé con las sábanas hasta la cabeza y saqué una mano para apagar mi lamparita de noche. Hago esto para no sentir tan cerca el vuelo de las moscas por la noche. Después de un rato de intentar dormir, me di cuenta de que estaba sudando muchísimo, tenía la piel mojada y mi pijama estaba casi empapada. Me quité las sábanas de la cabeza y entonces vi arriba del ropero dos ojitos rojos, casi redondos, que me miraban sin pestañear. Eran como dos rubís o dos cerillos a medio apagar en la oscuridad, o los ojos rosados de un conejo, o todo al mismo tiempo. Por la ventana entraba la luz azulísima del farol de la calle, colándose entre los pliegues verdes de la cortina que tanto le gusta a mi mamá. El rayo de luz parecía posarse poco antes de culminar el ropero. Si *Dos Ojitos* (pues así lo llamé) se hubiera acercado un poco más, el rayo azul del farol lo hubiera iluminado por completo.

En cambio, gracias al reflejo de la luz, sólo pude divisar su figura como un bulto que respiraba, sordo en la oscuridad, sin encontrar una forma determinada, sin poder relacionarlo con cualquier cosa conocida. Tras ese primer vistazo, no podía saber si se trataba de un animal o de alguna otra cosa, un enano, un perro, una pantera. Era algo extrañamente encantador que me miraba con insistencia desde lo más alto del ropero. No me daba miedo. No como las moscas. Tampoco su mirada me parecía algo molesto, como las miradas del hombre grande. Más bien, sentía una atracción casi obsesiva hacia la cosa que me miraba.

Yo quería ver a *Dos Ojitos* de cerca pero, ¿*Dos Ojitos* querría acercarse a mí?

*

En la noche me despertó un sonido conocido: la puerta se abrió con cautela, el hombre grande entró, cerró la puerta tras de sí y comenzó a cantar en voz bajita y melosa: *Pablito, Pablito, Pablito mío, pedazo de cielo que Dios me dio...*

*

Tuve un sueño extraño: cuando mi mamá me quería, me contaba un cuento de hadas sobre una mujer que tenía tres

hijas: Un Ojito, Dos Ojitos y Tres Ojitos. En algún momento, no recuerdo bien, Dos Ojitos espía desde un tonel de vino a sus hermanas y a su madre, quienes dicen mentiras y se portan mal con ella. Entonces llega un apuesto caballero para liberar a Dos Ojitos de su madre y sus hermanas. En el sueño, se mezclaron los personajes y mi mamá no era mi mamá y el caballero a ratos era en principio todo negro, sin rostro, mas luego cobró forma y tenía unos dientes grandes, enormes, colosales.

Cuando desperté, mi *Dos Ojitos* estaba ahí y se acercó, produciendo un ruido manso pero imponente, como si un león o un lobo pudiesen ronronear. Pude tocarlo con mi mano, la cual sobre su lomo (o lo que haya sido) se veía chiquita. Era como colocar mi mano sobre gamuza negra, aunque tenía bordes extraños que ni mis dedos ni mi imaginación alcanzaban a precisar. Dio una vuelta muy rápida y mis dos ojitos se encontraron directamente con sus dos ojitos rojos, carboncitos encendidos que relumbraban en la oscuridad espectral, no del cuarto, sino de su propio… ¿Cómo llamarlo? ¿Rostro, semblante, cara, fauces?

Creo que *Dos Ojitos* es mi amigo: abrió el candado que atenaza la aldaba que, a su vez, cierra la puerta; también se comió las moscas del frasco y las pocas que volaban: hizo una cacería increíble, era como un manchón oscuro, una niebla corpórea que saltaba por todos los rincones de la

habitación. Yo nunca había visto algo moverse tan rápido y con tanta fuerza a pesar de su tamaño (aunque tampoco es tan grande, digamos que es perfecto para mí). No sé cómo abrió la puerta en medio de la noche, pero entonces yo no tenía ganas de hacer pipí, así que sólo me recosté y volví a dormir, abrazando a *Dos Ojitos*.

*

Fue un mal día. Ayer, cuando me quedé dormido, no tenía ganas de ir al baño, pero al parecer sí. Me hice pipí en la cama y mi mamá me regañó muchísimo. Fue como el peor regaño que me ha dado en todo el mundo mundial. Me cambió las sábanas mientras me llamaba *cerdo*; secó el colchón con papel higiénico que hacía bolita y me aventaba al rostro con frustración. No me dejó ir a ningún lado, decidió que yo tenía que ver todo el proceso de limpieza y no me soltó ni un solo segundo: amenazó con ponerme pañales como a un bebé. Yo no soy un bebé.

El único momento en que me dejó solo y en paz fue durante la noche. Volvió a cerrar la puerta con la aldaba y la aldaba con el candado. En menos de diez minutos (y eso me sorprendió), el candado se abrió de nuevo, retiraron la aldaba y entró aquel hombre grande que ahora ya no me cae bien. Se acercó hacía mí, con su enorme sonrisa toda

hecha de dientes hermosos, con su cabello brillante y sus zapatos pulidos.

Yo no quiero verlo, no quiero tener que cubrir mis dos ojitos cuando llega. No quiero llorar. No quiero estar con él. No quiero sentir su aliento cálido cerca de mí, no quiero sentir sus manos gigantescas tocándome el cuello, no quiero escuchar su voz cuando me susurra cosas al oído. Cuando él pone su cuerpo sobre el mío, asfixiándome con su peso, miro por encima de su hombro una mancha oscura que se mueve arriba del ropero. Yo lo que quiero es a *Dos Ojitos*. ¡Sal, *Dos Ojitos*! Ven, *Dos Ojitos*...

—... Un Ojito, ¿velas? Un Ojito, ¿duermes? *Dos Ojitos*, ¿velas? *Dos Ojitos*, ¿duermes?... *Dos Ojitos*, ¿duermes?

—... *No* —contesta algo parecido a una voz desde la mancha negra. El amigo de mi madre voltea con su sonrisa hermosa y blanca reflejando la luz del farol que entra por la ventana. Su sonrisa que parece apagarse de pronto, oscurecerse.

Haydeé Salmones

Nido de golondrinas

Para Camacho

aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados
Lucas 12:7

Cuando Martina escuchó la campanilla, se volvió hacia la puerta para decirle al tardío visitante que el local ya estaba cerrado; pero al mirarlo, de pie en el umbral, sólo pudo extrañarse de que un hombre tan joven acudiera de noche a la barbería. Frente a la inusual presencia, la mujer intentó adivinar los motivos que acompañaban al forastero: bien podría tratarse de un héroe trágico o de uno de esos caprichos adolescentes de exhumar el ropero del abuelo para vestirse de cadáver. El joven, por su parte, se limitó a saludar al último cliente —cuyo rostro permaneció en el anonimato detrás de la espuma y del periódico extendido— y

dedicó una sonrisa nerviosa a la fígara antes de sentarse a esperar su turno. Ella suspiró resignada y continuó su trabajo.

La barbería de don Lucas Pinzón era uno de los establecimientos más antiguos de la ciudad de Mérida. Su partida de nacimiento tenía un 13 DE DICIEMBRE DE 1543 AÑO DE NUESTRO SEÑOR escrito con letras capitales, pero su origen se remontaba a dos décadas atrás, cuando don Lucas, uno de los pocos peluqueros reconocidos por la corona, había emigrado a la América para probar su suerte. Y puesto que la guerra no sólo maltrata el cuerpo sino también el cabello (debido al uso excesivo del yelmo y la exposición prolongada a la sangre), la fortuna le había sonreído; tan necesitados estaban los caballeros de que alguien les arreglara la barba, que don Lucas se hizo de un tesoro sólo comparable con las leyendas de El Dorado.

El sevillano esperó pacientemente a que la paz conquistara los territorios de la península para construirse una casa de dos plantas y balcones; así dejó atrás el nomadismo e instaló un suntuoso salón para las barbas. Fiel a su patria, la entrada sólo le estaba permitida a los peninsulares y criollos; nunca un mestizo osó manchar con sus duras plantas las baldosas de mármol, compradas a un traficante de las verdaderas Indias. El lujo también era visible en los

instrumentos: el propietario se regodeaba de poseer navajas, tijeras, brochas, ungüentos, toallas y jabones dignos del virrey de la Nueva España. No obstante, lo que la hacía realmente célebre no era su origen ni el lujo, sino el hecho de que, como todas las barberías que se jacten de ser auténticas, tenía su propia historia de degollados.

Sucedió dos siglos después. El negocio estaba a cargo de don Lucas VIII, de sangre criolla pero con las mismas habilidades que el tatarabuelo. Otras diez barberías habían abierto sus puertas en la ciudad, pero la fama alcanzada por los pinzones podía contarse en molares: una colección casi tan grande como la de conspiraciones y rumores iniciados en la sala de espera. No está de más agregar que pocos eran los vecinos que se abstenían de discutir sobre negocios, política y aventuras amorosas; el barbero, siempre atento a la comodidad de sus fieles, se conformaba con escuchar y asentir mientras les hacía la barba.

Y digo que no está de más decirlo porque a los deslices de sus clientes habría que añadir el del propio don Lucas: todos en la colonia sabían que los reales ganados a base de barbas, muelas y sangrías eran empleados para engalanar y engordar con pastas dulces a Hipólita, una mozuela de diecisiete años. Apenas daban las 6:00 de la tarde, don Lucas cerraba la barbería y se encaminaba a casa de la costurera; doña Susana, la madre, escuchaba con malos oídos los

chiflidos que le dedicaba el pelado a su hija, pero la pobreza era mucha y hubo de ceder cuando Polita le abrió la casa al pretendiente —primero el postigo y luego la puerta— para comerciar con amor el sustento de cada día. La historia seguramente habría tenido un final feliz si la fortuna no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Un domingo, madre e hija acudieron al templo para pedir por un casamiento rápido que acallara los crecientes rumores sobre la doncellez de la chiquilla. A la misma iglesia acudió don Lucas de Gálvez y Montes de Oca, gobernador general de los territorios de Yucatán. La hermosura de la joven inflamó su codicia; poco pensó en el cuello expuesto a una venganza. Cuando terminó el servicio, ofreció su carruaje a las piadosas; durante el trayecto, no hizo más que deslizar dulces halagos que terminaron por persuadirlas de que sus ruegos habían sido escuchados.

El día en que Lita cumplió los dieciocho años, el barbero se presentó en su casa con una alianza de compromiso. Pero la entrada le fue vedada. A la vuelta de la esquina, descansaban los briosos caballos del contrincante, quien si bien lo igualaba en nombre lo superaba en riquezas. Conocedor de su derrota, don Lucas (el barbero) se refugió en la pulquería; los que lo vieron aquella noche lo recordaban ebrio y con los puños llenos de mocos. Al día siguiente, su ayudante lo encontró muerto sobre uno de los sillones de la barbería:

durante la madrugada, había ocupado la navaja más filosa para cortarse el cuello.

Tras la tragedia, la esquina se bautizó como "del Degollado" y el edificio permaneció desocupado —y milagrosamente en pie— durante dos centurias. Hasta que una línea casi olvidada de los pinzones llegó a la ciudad para reclamar la herencia y reinaugurar el negocio, conocido ahora como PELUQUERIA MEXICO no. 527 f. El paso del tiempo en la habitación sólo era visible a través de los objetos: la bacía del fundador, otrora protagonista de los mejores remojos, se había convertido en una reliquia oxidada que reposaba a los pies de la virgen del Pilar (patrona de los barberos, cuya hazaña reside en empuñar la navaja con firmeza).

El último de los pajarracos no se llamaba don Lucas sino don Luis y, para su desgracia, no había tenido hijos varones. El desdichado se sentía envejecer y veía en la falta de un heredero el castigo por haber elegido una mujer demasiado fuerte; abjurando de su oficio, escribió en su testamento que el edificio y la navaja tenían que ser enterrados con él. No obstante, como en el romance de la doncella guerrera, Martina, la menor de sus siete hijas, se sobrepuso a la voluntad paterna y eligió para ella el destino de sus antepasados. El padre pensó en rebanarse el cuello el día que la descubrió practicando con sus muñecas, pero fue el coraje

lo que lo llevó al lecho de muerte. Mientras agonizaba, sostuvo la mano de su hija para maldecir su pulso y su descendencia.

A la muerte del padre, la presencia femenina se impuso sobre el edificio y la madre mandó pintar el marco de las paredes de un rosa chillante. Los balcones, cancelados por el patriarca para que sus hijas no sedujeran varones, fueron resucitados con una colección de plantas florales. Martina apenas logró conservar las barras azul-blanco-rojo y las sillas de barbero (madera y cuero perfumado) que daban sentido a la barbería. El resto de las gorrionas, liberadas de su jaula, se dedicaron a atender el portal vecino, herencia materna, que anunciaba FOTOGRAFIA AVILA FUNDADA EN 1938. Martina guardó luto un mes y luego abrió las puertas de la barbería.

Como ocurre casi siempre con las tradiciones profundamente fálicas, los varones miraron escandalizados el atrevimiento de la joven. No podían permitir que una mano femenina les mesara las barbas y mucho menos que se involucrara en sus conversaciones. Los caballeros que se consideraban respetables emigraron en busca de nuevos sillones. Sin la obligación de acompañar a sus padres, los jóvenes, siempre ávidos de las últimas tendencias capilares, también se marcharon, conformándose con las sillas plásticas del Salón de Belleza Acaprep, la Estética Unisex Paty

y la Estética Unisex Bon Soir, sobre la misma cuadra y con horario extendido. Los parroquianos que mantenían vivo el negocio eran —irónicamente— ancianos con un pie en la tumba que ya no alcanzaban a distinguir el sexo de quien los afeitaba. Por eso, a la fígara le parecía inverosímil que aquel chico esperara pacientemente su turno.

Vete. Todos son demasiado viejos. Sálvate. No dejes que te contagien el olor a muerte.

Conforme terminaba la barba del último parroquiano, Martina era cada vez más consciente de que el cuerpo le temblaba. A sus 21 años, había visto tantas barbas que ya se consideraba a sí misma un varón; sin embargo, las barbas con las que trataba estaban llenas de pelusas, polvo, pedazos de pan y sopa; casi todos sus clientes olían a ropa húmeda —accidentes urinarios la mayoría—, medicina, brócoli cocido, tabaco y alcohol diluido en refresco de naranja. La cercanía de un hombre joven en ese territorio de ancianos le revelaba un dolor todavía desconocido. En el último corte, la navaja se le resbaló de las manos y el anciano se levantó furioso, gritando por el intento de homicidio. Martina logró calmarlo con la promesa de servicios gratuitos y el viejo se marchó a regañadientes, dirigiendo una mirada admonitoria al que creía un amante.

Y lo era. El joven no había acudido a la barbería para conocer la historia del degollado ni para disfrutar de los placeres de un *spa* de hombres. La historia era ésta: dos semanas atrás, cuando la juerga se prolongó y los amigos tuvieron que abandonar la cantina El Jacalito para refugiarse en el Bar Polo Sur, el muchacho recargó su mareo en las barras de la barbería y miró adentro. También él se preguntó qué hacía una mujer tan joven en un local de ancianos. Después de medirle los senos firmes y las caderas empotrables, su atención recayó en el movimiento de sus manos, salvajes y exactas, que parecían hipnotizar las barbas del afeitado. Tres días de un paseo disimulado frente al local bastaron para confirmarle lo obvio: se había enamorado de la posibilidad de salir herido.

Con la barbería vacía, la tarde amenazaba con desaparecer en los faroles. El joven avanzó hacia la silla y tropezó con la piecera. Martina permanecía de espaldas, retrasando el instante de mirarlo.

—Es mi primera vez —allí, recostado, parecía aún más inocente.

Con movimientos cada vez más torpes, Martina limpió la cara del joven y preparó una toalla caliente. El vapor le recorría el cuerpo, penetrando en cada poro; un deseo tibio se desperezó en sus manos. Fueron unos segundos

de distracción: la tela puesta sobre el rostro quemaba; no hubo gritos, sólo una mueca de súplica; ella se apresuró a retirarla y descubrió que los ojos del muchacho, húmedos y dolorosos, eran de un color aceitunado.

Después de enfriar la toalla, la colocó como una venda sobre sus párpados y eligió la brocha más suave para recorrer, sin ser vista, las facciones. La piel tenía el color de una tarta de manzanas; los pómulos y la barbilla parecían cincelados sobre mármol vivo; los labios apenas eran visibles de tan pálidos; los cabellos eran finas hebras de caoba talladas por un ebanista. Y la barba.

He visto tantas barbas... pero la tuya me estremece. Es limpia; huele a ron y coco y trocitos de zarzamora. Ninguna mano merecería cortarla; menos la mía.

Al escuchar el sonido de la navaja contra la tira de cuero, el joven sintió que la piel se le erizaba; todo su cuerpo respondió al peligro: ciego, a merced de una mujer y de sus manos. Los primeros cortes estremecieron a ambos.

Disculpa que me tiemble la mano, pero nunca me había dado tanto miedo fallar el golpe. Los otros son viejos y no temen morirse; pero sería una desgracia desangrar a alguien tan bello. Cuando papá hablaba de su arte, decía que tenía en sus manos el cuello de

toda una nación. Contigo me parece que estoy abriendo una grieta en el Universo.

Una diminuta herida derramó su preciosa sangre sobre la toalla. Los labios del joven se contrajeron de sorpresa.

—¡Lo siento! —Martina se apresuró a presionar con los dedos. El joven sintió esa mezcla de placer y dolor que sólo el amor hace posible. Ella se apresuró a apartar la mano pero era demasiado tarde.

Le sucedía a menudo con los ancianos: quién sabe si por la maldición paterna o por un don femenino, era capaz de leer el futuro al tocar los cabellos. Al principio, creyó que las escenas de muerte y enfermedad que imaginaba se debían a la edad avanzada de los hombres; luego, descubrió que las muertes siempre coincidían con la de sus dueños. Comenzó a usar guantes. Pero ese día llevaba las manos desnudas. Ahora, cada cabello del muchacho era un instante que no le pertenecía. Se preguntó hasta dónde podría ver, puesto que nunca había afeitado a un hombre tan joven. Se sumergió en su futuro como si fueran recuerdos.

Sé que jamás has besado a una mujer ni has bebido de ella. Pero en tus cabellos está escrito que gozarás de los placeres del himeneo. Eres bello. El olor de tu cuerpo es una sonrisa para el deseo de

las mujeres. Las vírgenes se pasearán desnudas por tus jardines, aparecerán desnudas en tu baño, se meterán desnudas en tu cama; buscarán el peso de tu barba sobre sus hombros y tú les dejarás una marca rojiza de luna llena. Cada una será más hermosa que la otra.

Martina sintió que las visiones eran más felices conforme se acercaba a sus labios.

Y luego llegará ella, con su olor a canela y sándalo; la reconocerás por el paso de quien puede caminar sobre las aguas. La primera noche te llenarás de su sangre sobre el regazo de un Buda. Ésa será la marca de tu matrimonio. Te traerá riquezas y tres hijos, todos con los cabellos hirsutos. Cuando el menor te obsequie una flor de loto, será la última vez que sonrías.

Conforme la navaja avanzaba hacia el cuello, los días se hacían más oscuros.

Vendrá la guerra. Escaparás al país de donde ella vino. Pero hasta allá te buscará la desgracia. Tu esposa morirá en el parto del último hijo, una niña, que sobrevivirá a sus hermanos. Vivirás con ella, ermitaños ambos, como renuncia al mundo. Si un día logras no mirar en ella el amor que te fue arrebatado, serás libre. Pero también serás viejo y la muerte vendrá a arroparte.

El piso estaba cubierto por la barba que acababa de leer; un nido de golondrinas con el pecho blanco. Martina lloraba; era injusto que alguien tan bello sufriera así. Miró al joven, ahora un anciano. La maldición del padre era certera: no leía el futuro; robaba el tiempo.


Tisífone

fue triste realmente triste
saber que no podríamos salir de la escuela
cuando la campanilla tocó
para dejarnos huir más allá del monte
correr hacia los jardines de los violadores
a lo largo de las calles populosas
sembradas de sombrillas
nuestro afuera se esfumó
cayó vencido ante el uniforme
ante las lecciones de memoria
ante el silencio de la revo
ante una verdad prehistórica
ante la prueba hecha en el laboratorio

---

* Poema incluido en *El jardín de los violadores amables.* Santiago: Ediciones GO, 2016.

la prueba viva
viva la diseccionaron
viva se la llevaron
la prueba de no hay más afuera
no hay más allá
no saldrá nadie ya del colegio
nunca jamás

nietos del polvo*

tenemos los abuelos polvosos de cuando
los camiones las cotas los caminos de tierra
de cuando los puentes de ciudades que no he visto
[vomitaban soldados
y en habitaciones color lynch
jovencísimos abuelos creían
que la vida era un don
y al frente de todo la llevaban como una nariz heroica
no para detener balas
sino para enterrarlas en su carne abuela
de golpe
balas
enredadas entre los pocos pelos que les cruzaban el pecho
granadas sostenidas con ambas manos
manos donde brotaban racimos de callos
callos que se metieron una de esas balas
en la sien

* Poema incluido en *Lo merecemos todo*. Ciudad de México: Edixxxiones Mantra, 2017.

Mecate

La línea deshilachada se tendió sobre el camino. Sus hebras anaranjadas brillaban, como sólo el plástico puede, a pesar de la mugre. Ella no podía saberlo el día que lo encontró. No había manera de predecir que el mecate aparecería también en el fin.

Venía del mercado con tostadas, un bote de crema y una coca de dos litros. Iba a hacer picadillo. El sendero polvoso seguía en paralelo a la carretera que dibujaba la orilla de la ciudad. Ella lo caminaba con lentitud, barriendo el caminito con la mirada, buscando tesoros que no le daba la gana recoger. De vez en cuando cambiaba de mano el peso de la bolsa, y en una de esas pausas vio el mecate naranja atravesado en el camino.

Uno de los extremos estaba amarrado a una reja. Desde ahí atravesaba el sendero, seguía entre matorrales y

terminaba adentro de una cubeta mugrosa. El mecate a la mitad del camino, dividiendo el antes y el después.

A pesar de la fragilidad de las tostadas depositó la bolsa en el suelo y tomó el mecate entre las manos. Estaba formado por múltiples y delgados filamentos retorcidos entre sí; era de ésos cuyos hilachos se rompen al menor jalón, pero que entre todos pueden cortar la carne. Al recogerlo sintió un tirón al otro extremo. Se le cortó el respiro, pero no se movió. Sólo se quedó viendo cómo el mecate daba saltitos en la palma de su mano. Al acercarse descubrió que en la cubeta había chapopote y algo vivo.

Tiró del hilo y surgió un cuerpecito embadurnado. Apenas y respiraba. Tal vez era una rata. No había dónde poner al animal para poderlo examinar mejor y evaluar si era peligroso. Si merecía ser salvado o no. Lo sostuvo en el aire, sin quererlo tocar. La cosa viva colgaba condenada de la cola. Finalmente la puso en el suelo y vio cómo la empanizaba el polvo. El animal se retorcía mientras ella sopesaba el costo de lo que estaba a punto de hacer, dudando aún cuando se estiró para alcanzar la bolsa del mercado. No se cayó ahí ni se amarró solito. Alguien lo metió a la fuerza, y ese alguien, decidió ella mientras sacaba la botella de la bolsa y bañaba con coca cola al animal, se va a ir al infierno.

Trató de lavar al bicho sin tocarlo, pero fue inevitable meter las manos y embarrarse. Al pobre no le quedaban fuerzas para resistirse mientras la coca resbalaba sobre su pelaje. La mugre se le caía con todo y pelo. Lo terminó de limpiar mientras el polvo del camino se volvía lodo y el barniz de las uñas recién pintadas se derretía entre el mugrero. Era un perrito.

Temblaba en medio de la tierra mientras ella se quitó el suéter y lo envolvió con él. Luego lo metió, así hecho tamal, a la bolsa del mercado, acomodándolo entre la botella de refresco vacía y las tostadas.

Siguió su camino, pero a la mitad regresó y volcó la cubeta de una patada. El fluido oscuro se esparció sobre la tierra hasta volverla negra; pero esto ella no lo vio, ocupada en desamarrar lo que quedaba del mecate de la reja. Lo envolvió con movimientos circulares sobre su puño y luego se metió la bolita naranja en la bolsa del pantalón.

En los primeros días le daba leche condensada. El azúcar lo despertaba. A las tres semanas su piel ya tenía una nueva capa de pelo, pero todavía no caminaba. Cualquiera en la calle lo hubiera creído leproso, con sarna. De regreso del trabajo le daba otra vez su leche y el resto de la tarde lo llevaba acomodado en la hamaca que se formaban entre su cintura y el blusón fajado. En las noches lo ponía en la tarja

del baño para que se durmiera. Le puso El Chingón. Porque era bueno para sobrevivir.

A las pocas semanas apareció el cadáver del gato con la cola arrancada. Luego el perro callejero sin una pata y sangrando. Manos cercenadas en los pastizales. Niños que ya no regresaban. Pensó que tener al perrito estaba muy bien. Cuando creciera la acompañaría. Aunque todavía estaba chiquito, ella supo por el tamaño de sus patas que iba a ser un perro grande. La bolita de mecate naranja la colgó de un clavo en la pared. Lo guardaba para el día en que sacara al Chingón a pasear.

Un domingo descolgó el mecate, lo ató al cuello flaco del perrito, y se lo llevó al mercado. A este domingo le siguieron muchos, donde el perrito crecía con cada zancada que avanzaba a su lado. Lo amarraba en un poste afuera del mercado. Él se quedaba papaloteando y mirando a la gente pasar. Se volvió costumbre. Pero un día cuando salió del mercado ya no estaba en el poste.

Ella supo de inmediato que aquéllos de los que todos susurraban pero nadie hablaba se lo habían llevado. Anduvo la noche entera, como tonta, buscando al perro, quedándose fuera de casa mucho más tarde de lo que cualquiera debía, según lo que la gente decía.

El final es tan corto como largo es el principio.

A él lo reconocieron por el mecate. A ella por el perrito. Porque siguió con lloriqueos a su dueña mientras la herían. Lamió sus desgarros aguantando las patadas que le daban para que se fuera ya de ahí, hasta que lo terminaron amarrando con el mecate por última vez, por necio, por no huir cuando pudo, atándolo al cuerpo sin vida de la que lo salvó y que no sería salvada.

Usaron el mecate para jalarla. Amarrado a su tobillo, le cortó la piel y se hundió en la carne hasta que tocó el hueso. De haber estado viva, mientras la arrastraban boca arriba sobre el pavimento, sus ojos hubieran visto el cableado eléctrico, allá en lo alto, conduciendo las voces de una ciudad inmutada ante la muerte. Si alguien la reconoció en la mañana, a pesar de los moretones y lo demás, fue por el perrito, no por su nombre.

Certificado de defunción

Al margen izquierdo un sello con el Escudo Nacional que dice Estados Unidos Mexicanos. La superficie está llena de espinas, pero el águila no titubea. Bajo sus alas abiertas no hay espacio para la piedad. Si la imagen estuviera a color y no impresa en la tinta negra de los documentos oficiales, resaltarían sus ojos enrojecidos, su expresión de cazadora insatisfecha. La contemplamos parada de perfil, con el pico engarzado al cuerpo de la serpiente, a punto de reventarle los pulmones. A falta de extremidades, el reptil contrae las doscientas vértebras que crujen bajo sus escamas intentando defenderse. Aunque sabe que ya no puede huir de la ambición de su depredadora, sus instintos la preceden y serán lo último que la abandone. Un impulso postrero toma su cuerpo por asalto y se anticipa a la muerte: la presa agita el cascabel de su cola y abre las fauces antes de desvanecerse. Bajo las garras del águila, un islote corona el centro de un lago. Ni esa tierra ni esa agua existen ahora. El mito fundacional ha quedado demasiado lejos, no así la

violencia de la imagen. Tal vez hace tiempo que el águila y la serpiente representan algo distinto.

Antes de llenar el certificado, es necesario que lea las instrucciones en el reverso

††† Del fallecido †††

Despertar antes del amanecer es una costumbre que tiene arraigada desde la infancia. Después de lavarse, se pone la misma ropa de trabajo que huele a sol y leche agria. Bajo la gorra gastada de un equipo de béisbol, la piel de su rostro es blanca y curtida. Quizá cayó en cuenta de la mañana que tenía por delante mientras se amarraba las agujetas de las botas. El lodo acumulado en las suelas durante la semana forma capas de tonos diferentes. Entonces recordó que era domingo y que ese domingo era un día bueno. Terminaría antes con los deberes diarios para visitar a su hijo porque tendría invitados. La familia de la ciudad que va a dejar flores a los muertos en las fechas importantes seguramente ya estaba en camino. Todos ellos son ruidosos y se mueven en caravana.

Los encuentra en la entrada del panteón antes del mediodía. Mi madre lo reconoce a la distancia y le hace una

seña con la mano para saludarlo. Sabe que su sobrino es un hombre reservado, pero confiable. Él le pregunta sobre el viaje, sobre la carretera que por las mañanas suele estar cubierta de niebla. Aunque no son muy cercanos, mi madre lo conoce desde que nació, igual que a sus hermanos y a sus hijos. Cuando era un muchacho cruzó el río Bravo varias veces, trabajó en Los Ángeles largas temporadas hasta que consiguió el dinero suficiente para poner un negocio y construir una casa en el pueblo donde creció, que es el mismo donde tuvo a su familia. En esa época las noticias que aparecían en el periódico sobre migrantes secuestrados o masacrados a la mitad del camino eran menos frecuentes. Cada vez que aparecía una nota al respecto, la expresión de mi madre se ensombrecía. Seguro imaginaba que entre esos cuerpos podía estar el de su sobrino.

Dentro del panteón él los guía. Camina rápidamente rodeando las cruces y las tumbas. Algunas son montículos apenas elevados de los que se resbala tierra suelta; otras están recubiertas de cemento sobre el que se han labrado datos que ayudan a no olvidar: un nombre, los deudos, la fecha. Sería inexacto decir que en este panteón hay pasillos o que la distribución de los sepulcros sigue un orden determinado. La gente de ese pueblo se ha acostumbrado a improvisar: acomoda sus muertos bajo la tierra conforme los sorprende la muerte.

*

Su hijo murió en un accidente absurdo cuando tenía tres años. Su madre lo sentó en el mostrador de su negocio por un momento y bastó un descuido para que el niño cayera. Su cuerpo no resistió la altura. Fue una de esas muertes difíciles de aceptar. En el recuerdo de los padres, un hijo que muere durante la infancia conserva sus rasgos y la expresión de un gesto nunca manchado de adultez. Es un rostro del que nunca podrán sentir vergüenza. En este caso el hijo muerto era también un hermano muerto. Y quizá fue inevitable que los otros hijos confundieran la tristeza de su padre con rechazo, que les pareciera sospechosa la devoción con la que éste visita la tumba de su hermano y se hayan preguntado, como otros niños que sobreviven, si en el corazón de su padre no se albergaba el deseo secreto de que hubiera sido otro el hijo muerto y no el hermano niño que yace bajo la tierra.

La familia se toma su tiempo para arreglar las tumbas. Él se ocupa a solas de la tumba de su hijo que está al fondo del panteón. Sacan las flores secas de los contenedores de piedra que adornan las esquinas de la sepultura y en sus tallos marchitos se queda impregnado el olor que los vuelve viscosos y escurridizos. Espolvorean detergente sobre el cemento y tallan hasta que la piedra vuelve a su antigua

palidez. Cubren la tumba de pétalos y flores nuevas ocupan el lugar de las marchitas. Encienden una veladora y toman un descanso bajo la sombra antes de marcharse.

A la distancia, mi madre se da cuenta de que su sobrino sigue trabajando. Cuando se acerca lo descubre en un sepulcro sin nombre y, aunque hace un esfuerzo, no logra recordar quién está enterrado ahí; mentalmente recorre la lista de sus muertos y teme haber olvidado alguno. Antes de que ella pregunte él se apresura a responder: esta tumba es para mí. Entonces le cuenta que cuando enterró a su hijo, se dio cuenta de que no faltaba mucho para que el panteón fuera insuficiente. Él quería quedarse ahí, permanecer inerte al costado de su primer hijo. Así que levantó el sepulcro y una cruz pretendiendo que ese pedazo de tierra ya estaba ocupado. Para asegurarse de que nadie ocupe ese espacio, él cuida de su propia tumba desde hace veinte años.

Ese domingo mi madre volvió desconcertada a casa, a contarme sobre el sepulcro apócrifo que resguardará el cuerpo de su sobrino y que desde ahora está cubierto de flores y cera tibia. No sé si en medio de su sorpresa mi madre se dio cuenta de que su sobrino es afortunado: es un hombre consciente de su mortalidad. Para él, la muerte de su hijo y su propia muerte siguen siendo cuestión de familia, no del Estado.

Casi todos los panteones que existen en la Ciudad de México fueron construidos durante el siglo XIX y principios del XX. Antes de que existieran, caminar entre muertos era parte de la vida cotidiana. La gente los enterraba en los atrios de las iglesias porque pensaba que mientras más cerca estuvieran del altar, más rápida y fácil sería su ascensión al cielo. Pero un brote de cólera obligó a la ciudad a volver a trazarse y se construyeron cementerios para evitar el contagio.

Casimiro Castro registró la transformación de la Ciudad de México durante el siglo XIX. La observó desde las alturas y también de cerca para registrar sus detalles: las fachadas de los edificios suntuosos, los barrios más pobres. En 1855 litografió la primera vista panorámica de la ciudad desde un globo aerostático en la que se distinguen sitios emblemáticos: la Plaza Mayor y la de Santo Domingo, el Acueducto de Chapultepec, la Iglesia de Santa María la Redonda, el Panteón de San Fernando y el de Santa Paula, que fue el primero de la capital y resguardó tanto a los cuerpos infectados por las epidemias de viruela y cólera como a la pierna mutilada de Antonio López de Santa Anna.

La mayoría de los cementerios que se construyeron en esa época ya no existen, aunque en su momento hayan sido

el eje de la vida social. La ciudad terminó por enterrarlos: donde estaba el Panteón de Santa Paula hoy bulle la colonia Guerrero, sobre Campo Florido se trazaron las calles de la colonia Doctores y la colonia Roma se agita sobre las fosas del Panteón de la Piedad. La historia de una ciudad puede ser contada a partir de la historia de sus panteones.

También podría contar una parte de la historia de mi familia comenzando en un cementerio. Mis abuelos tenían un puesto de flores en el Panteón Francés de la Piedad. Despertaban de madrugada para comenzar a trabajar. Cuando pienso en mi abuela, la recuerdo sentada entre cubetas llenas de flores, separándolas por docenas y arrancando las hojas marchitas con sus dedos agrietados. Siempre llevaba un cuchillo que tenía forma de hoz oculto entre los pliegues de su ropa. No sé si alguna vez tuvo que usarlo para defenderse. Con habilidad de cirujano hacía un corte transversal en los tallos de una docena de flores en un sólo movimiento, envolvía los manojos en papel encerado y remataba el arreglo con un moño. Mi abuela era capaz de hacer un ramo de flores en menos de un minuto. Ese tiempo era suficiente para verla transitar de un gesto violento hacia lo más sutil.

Durante esos años debió acostumbrarse a contemplar las marcas de dolor que la muerte deja en el rostro de las personas. Estoy segura de que sabía quiénes estaban ahí por primera vez; algunos se acercaban a ella para comprarle

sus mejores flores. Quizá hubo ocasiones en las que pudo ver cómo esas marcas se suavizaban con el transcurso de los meses aunque no desaparecieran del todo y terminaban por convertirse en algo diferente al dolor. Ahora pienso que mi abuela estaba rodeada de flores para no contagiarse de tristeza.

Cuando era niño, mi padre trabajó por temporadas en el negocio de mis abuelos, así que probablemente la primera vez que tuvo que nombrar la muerte pudo articularlo sin quebrarse. Él trabaja en terapia intensiva, así que me gusta pensar que ha aprendido a lidiar con ello. Cada domingo compra flores y las pone en el centro de la mesa. Dedica la tarde entera a cuidar de su jardín. Para él, las flores son el antídoto que mejor combate el sabor que deja la muerte.

Mi abuela vendió el puesto de flores hace unos años. Dice que la gente ya no visita los panteones más que en fechas determinadas. Tal vez en la ciudad que Casimiro Castro retrató, los cementerios eran visitados con regularidad porque entonces la muerte tenía sentido, no era un desgarramiento. La gente sabía dónde estaban sus muertos. Los panteones formaban parte de la vida cotidiana y era una mano familiar la primera en arrojar tierra sobre el féretro. Los mapas de Casimiro Castro son las representaciones de una ciudad que aún no escupía a sus muertos hacia las afueras.

La violencia en México se concentra en diez estados que trazan la ruta marcada por los traficantes de drogas. Este territorio es una hendidura donde a diario se apilan cuerpos en fosas comunes. Se abre en el sur y termina en Estados Unidos. El recorrido de los migrantes sigue la misma dirección, por eso llegar al norte es un proyecto suicida. La ruta del Pacífico mide cuatro mil kilómetros: atraviesa Hidalgo, Jalisco, Nayarit y llega hasta el desierto de Sonora. La ruta del Golfo mide la mitad, pero es el camino más peligroso que existe para atravesar el país, va por la costa de Veracruz hasta el punto más alejado de Tamaulipas.

Para desaparecer basta con dirigirse hacia el norte. En México la muerte se parece a la ruta de un tren, a una bala perdida en una escuela primaria. Se confunde con la marca que dejan las llantas de una patrulla en el suelo. A veces suena como una llamada telefónica. De sur a norte, la muerte tiene una cara distinta a la que mi abuela y mi padre han visto, es diferente de aquélla a la que aspira el sobrino de mi madre mientras prepara su tumba. ¿En cuántos certificados de defunción tendríamos que hacer una línea que uniera al Escudo Nacional con la causa de la muerte?

††† Del certificante †††

En su primera acepción, el verbo certificar significa asegurar, afirmar o dar algo por cierto. Al tratarse de un verbo transitivo, supone una relación entre sujeto y objeto. Alguien que mira y algo que es mirado. Si nos referimos a la muerte, certificar es una tarea que depende de que haya un testigo y un cuerpo. En un país en donde a diario desaparecen once personas, 'certificar' es un verbo inadecuado, una falacia retórica que niega la desaparición. ¿Cómo podría certificarse la muerte de un cuerpo que no está?

El certificado de defunción y los mapas de la ciudad de Casimiro Castro son más parecidos de lo que aparentan. Cumplen con el mismo cometido. Ambos son un registro cartográfico caduco, formatos restrictivos que imponen una manera de ver. En ellos sólo caben cierto tipo de muertos, todos los demás se anulan. También el certificado de defunción es parte del discurso oficial sobre la muerte.

††† Del registro civil †††

El certificado de defunción es una hoja de tamaño oficio que se llena a mano. Consta de seis secciones y todas tienen carácter administrativo. Hay que asentar los datos

solicitados con letra de molde en los espacios correspondientes. En el pulso no ha de traslucirse desconcierto ni cualquier otra emoción. Así que la grafía debe ser precisa, las cifras redondas. Se debe elegir cuidadosamente la información que más se acerque a la realidad, no la que más nos gustaría que se acercara. En algunos incisos, como el sexo o la nacionalidad, no es posible titubear. Hay que registrar los datos deseables del cuerpo inerte: el nombre de la familia, el día en que nació, su peso y el domicilio. Asentar número por número, aunque en esta hoja sean insignificantes. Este formato es de distribución gratuita y no tiene más que fines estadísticos y epidemiológicos.

Atención: se le recuerda al personal
del registro civil que debe remitir
este original a la Secretaría de Salud

Visita guiada al mundo de los muertos

Advertencia

Cuando se recorre el inframundo, el viajero fantástico debe tener en cuenta que no debe probar bocado. El hecho de comer una semilla de granada tiene el efecto de retener prisionera al alma y el cuerpo.

Ésta es una visita guiada y no es recomendable perderse en el laberinto informe de los asesinatos que aquí vas a leer. Los cuentos de hadas populares, la mitología, las viejas leyendas, ayudan a develar mis obsesiones: siempre hablo del mismo asesinato, muchas veces, bajo muchas formas, todo el tiempo. No te detengas.

Aquí estás lector: aprende del pasado.

Lo primero que se extiende ante la vista son las agujas de pino que revisten el suelo y al caer el sol, herido por las sombras de los árboles, la oscuridad es manto que todo lo cubre. El bosque, lugar donde comienza el recorrido del héroe, y como debe saber todo buen lector de cuentos de hadas, es el lugar ideal para brujas, demonios y monstruos.

Emparentado con la selva oscura, el bosque es, por excelencia, la antesala al mundo de los muertos. Al norte está de pie sobre su pata de gallo, con un ojo que todo lo ve, la casa de Baba-Yaga. Al sur, los corros de las hadas y los duendes ocultos. Al este, nahuales y demonios se descuelgan de las ramas para engañar al transeúnte descuidado; y al poniente, anda que andarás, hay un sendero que se extiende más allá de una encrucijada.

*

Recuerdo caminar entre sombras mientras la mano de mi mamá, grande y áspera, apretaba la mía, infantil y débil, para conducirme al lugar del hallazgo. Llegamos, la luz mercurial de la luna caía sobre las copas de los árboles. Yo no quería ver un cadáver, pero sí quería.

Tenía siete años y cerca de mi casa el velador de un terreno baldío encontró un bebé muerto. Lo habían arro-

jado a la basura dentro de una bolsa de plástico. No es novedad que las autoridades hayan demorado más de tres horas en aparecer, así que la gente se reunió para ver el hallazgo.

Cuando el velador alumbró al bebé, lo vi blanquísimo, casi resplandeciente entre la noche, como un pequeño demiurgo dormido.

El bebé nació en una vecindad cercana, en la casa de dos mujeres denominadas por la comunidad como "Las verduleras". Como era producto de un embarazo no deseado, abuela y madre sentenciaron que, al nacer, el niño debía morir. Después del primer llanto y la primera bocanada de aire, madre y abuela cortaron el cordón umbilical del recién nacido y con las mismas tijeras lo apuñalaron repetidas veces.

Las mujeres fueron arrestadas meses después, en un pueblo del Estado de México. Las autoridades declararon que el niño no tenía malformaciones ni enfermedades ni complicaciones de ningún tipo; es decir, era un bebé que había nacido completamente sano y que sólo vino al mundo para ser asesinado por su madre.

*

Decir que el bebé fue asesinado con las mismas tijeras con las cuales cortaron su cordón umbilical suena artificial, pero es cierto. Parece una invención propia de una tragedia:

el detalle es de tal naturaleza simbólica que bien pudo ser inventado por Eurípides o Shakespeare. La realidad al ser nombrada en una ficción suena inverosímil, exagerada. El alcance de lo simbólico en la realidad que alguien habita, se extiende y viaja al pasado común de nuestra especie:

En el bosque hay un niño perdido.
Y el niño perdido no tiene nombre.
En el bosque hay un niño muerto.
y el niño muerto tiene los ojos abiertos.

Segunda parte: El río

Antes de llegar al río la tierra es más húmeda y suele deslavarse. Cuida tus pasos, peregrino, no resbales en el lodo pues la sorpresa no es agradable. Si te fijas bien te darás cuenta que el suelo bajo tus pies está repleto de restos humanos: cráneos, fémures, manos que se extienden como si pidieran limosna. Son fosas comunes de aquellos desaparecidos que nunca llegaron a casa y que aún en la muerte reclaman justicia. Aquella mano que nos saluda es la de un pariente mío, mi primo Rogelio, desaparecido en Tamaulipas por narcotraficantes: sigue buscando a su madre e intenta construir con desesperación una casa; él era albañil.

Adelante, se ve el río donde lo que era arriba es abajo. Bajo sus aguas hay una réplica de las casas que los muertos habitaron en vida, ahora esperan ahí a sus parientes.

*

Con las luces apagadas, una ambulancia parte rumbo al norte, al lugar donde se ha de colocar en la plancha un cadáver encontrado dentro de una maleta en la calle de Berlín, casi esquina con Liverpool; se trata del cadáver de una niña de dos años.

El cuerpo deberá ser examinado y tocado por numerosas manos para determinar la causa de muerte. Se dará noticia de que tal vez fue asfixiada o no; golpeada con objeto contundente o no; apuñalada o no; desmembrada o no; violada o no.

*

Han pasado casi seis meses desde que la maleta fue encontrada y así como no se ha encontrado al culpable, tampoco ha sido reclamado el cuerpo. La investigación estuvo llena de irregularidades. No sabremos quién fue el culpable, pero sabemos que fue capaz de violar con tal brutalidad a una niña de dos años que durante la violación la desnucó y le arrebató la vida, para después, como si no fuera suficiente,

meter su cadáver en una maleta y tirarla como un desecho cualquiera.

Mi primer recuerdo es a los tres años, cuando mi abuelo me regaló un oso blanco de peluche en una lata que él mismo soldó. Recuerdo cómo abría la lata y cómo se desparramaban los pelitos del peluche. Ahí sentí y concienticé por primera vez la sensación de asombro. Yo me pregunto con espanto: esa niña, esa pequeña niña, ¿concientizó el momento de su muerte como su primer asombro ante el horror del mundo?

Tercera parte: La cueva

Al entrar en la cueva la oscuridad es tal que llegado el momento, el viajero no debe despegarse de su lazarillo. Cuando la oscuridad es tan profunda da la sensación de asfixia, como si ahí, entre el silencio y la negrura, viviera un animal gelatinoso que ahoga al que se atreve a cruzar sus dominios.

*

A los doce años conocí la asfixia. Durante semanas o tal vez meses, no lo recuerdo, antes del anochecer, me senté en el sillón de la abuela, con las luces apagadas. No encontré

nada fascinante, no era interesante. Sólo me quedé ahí sin ganas de moverme. Uno de esos días, cuando estaba sola, coloqué una cinta alrededor de mi cuello y jalé con fuerza. La sensación era similar a cuando estás en una habitación oscura y no se ve nada y no se escucha nada más que la propia respiración agitada.

*

Para descubrir el origen hay que internarse en la cueva como quien se interna dentro de sí mismo. Caminante, si tienes miedo de golpearte la cabeza con el techo, palpa la roca mientras avanzas: paredes informes, techos irregulares, piedras con las que puedes tropezar y caer quién sabe en dónde.

*

Antes de aquel episodio medio sicótico tuve días llenos de pesadillas informes: ella, mi amiga de la infancia, siempre estaba ahí, en medio del bosque y corría. A veces tropezaba con algo y era alcanzada por varios hombres de manos enormes que sostenían palos, navajas y cigarrillos prendidos.

*

Los miedos son resabios de nuestro camino evolutivo: el miedo a la oscuridad es comprensible cuando sólo teníamos una fogata para iluminar las noches y en esa temible oscuridad anidaban depredadores dispuestos a cazarnos. El miedo a la oscuridad persiste, así como otros tantos que derivan de lo mismo: miedo a la enormidad del mar, miedo a perderse en un bosque, miedo a las alturas, miedo a la muerte.

*

Dos días después de que la encontraron enterrada en el bosque, una psicóloga fue a la primaria y nos pidió que hiciéramos un dibujo sobre lo que sucedió. Yo la dibujé a ella en medio del bosque, llorando con su uniforme de primaria, tenía cortes en los brazos y se cubría el rostro con las manos. Arriba, sobre un cielo resplandeciente, dibujé un ángel que impasible contemplaba la escena sin intervenir, sin hacer nada y sin rostro.

*

Dentro de las cuevas han sobrevivido pinturas rupestres, restos humanos, animales, plantas. Como cápsula del tiempo, la cueva también guarda maravillas: así entro Alicia a aquel país, también tenemos la cueva de Montesinos y la cueva aquella donde habitó Polifemo.

“En el techo de la cueva
—las tinieblas horizonte—,
soñó por cielo un bisonte
nuestro abuelo, y ello prueba
que cielo que no se coma
no es cielo para el anhelo
de un corazón, que consuelo
busca de morir, y toma
libre del sol, hondo nido,
la fe enraizándose en tierra
que al cabo la carne encierra
y con la carne al sentido.”

*

Es la primera y probablemente la última vez que escriba su nombre y su historia: Claudia. Claudia tenía mi edad y era mi mejor amiga cuando el horror del mundo quebró su inocencia. Ella caminaba todos los días rumbo a la escuela primaria Vini-Cubi (la más miserable de la zona y donde cursé los últimos tres años), bajaba por una pendiente donde había una iglesia dedicada a San Antonio, luego daba la vuelta y en la esquina tomaba el transporte público.

Aquél día, viernes, ella no llegó a la esquina. Una camioneta se detuvo y la subieron a la fuerza. No se sabe cuántas personas iban a bordo de la camioneta, pero se sabe que era más de un hombre. La llevaron hacia lo profundo del bosque llamado *El Cedral*. Ahí la violaron, la quemaron con

cigarrillos y la golpearon hasta matarla, luego la enterraron y se fueron, simplemente se fueron.

El sábado, como si el mismo cielo tuviera vergüenza de lo sucedido, cayó una tormenta como pocas habían caído: en la ciudad se inundaron calles y avenidas, en el bosque se formó un río y gracias a ese río ocurrió un deslave. El domingo, cuando paró la tormenta, el río seguía ahí, llevándose la tierra, lavando la sangre, y descubrió el cuerpo torturado de Claudia. Algunos días después su padre fue encarcelado por la violación y asesinato de Claudia, pese a que nada coincidía, pese a que no había pruebas.

*

Avanza viajero y cruza la cueva, no te quedes a ver fantasmas, ni vayas atraído por colores o figuras espectrales. Es importante que no te quedes prisionero en las sombras. Avanza, siempre adelante, siempre con paso firme.

Casi llegamos al final.

*

En la entrada al Museo Nacional de Antropología e Historia había un alebrije llamado el "comepesadillas". Debías introducir en su boca un papel con la pesadilla que querías dejar de soñar. Yo escribí su nombre.

*

Al final del camino hay siete puertas rojas: sólo una lleva al lugar definitivo donde descansan los muertos. Nosotros tenemos prohibida la entrada porque estamos vivos y la vida se impone. Cualquier otra puerta que escojas te llevará al principio del camino. Vamos a cruzar la puerta, regresemos al inicio. Has cruzado el mundo de los muertos.

*

Aquella noche, después de entregarle mi pesadilla al animal fantástico, tuve un sueño donde Claudia apareció por última vez: ella estaba frente a mí, como siempre en los recreos de la primaria. Quise abrazarla pero me detuvo y dijo algo...

*

Noli me tangere... regresamos al inicio porque debes saber que siempre hablo del mismo asesinato, en diferentes formas, con diversos tonos y a veces incluso elijo darle voz al asesino.

Hasta aquí puedo acompañarte, recuerda viajero: aprende del pasado.

Cecilia

I

Yo no conozco el mar
pero una vez lo soñé
y soñé las manos de la virgen Sofía
quien sumergió los pies en la espuma
de un mar verde
—verde como después de un asesinato—
y alumbró en la tierra a una niña de cabello negro:
[Cecilia
quien se olvidó de mí
porque no soy mejor ni prospero.

II

Mis pies resbalan sobre el asfalto mojado
el fruto no maduro se pudre sin beneficio
yo no sé cortar más que mi piel reseca
mientras pico la cebolla
y la sangre gotea sobre el bulbo nacarado,
perla de los días largos

cabeza de alfiler con listón carmesí sobre los labios
[de Cecilia
(así gotea la sangre como adorno triunfal
de las bonitas muchachas que se ríen de la muerte)

III

La lluvia era el retoño
el germen, la fuente, el alimento
que brota milagroso y descubre de la tierra
símbolos que no conozco
símbolos que no entiendo pero que me hablan
del milagro de la virgen Sofía martirizada
mientras su voz recorre la tumba de sus hijas
como la voz de Cecilia antes de extinguirse
un día, una tarde, una noche.

IV

Nadie quiso escucharla y nadie quiso ver el tarquín
donde nace y muere el zancudo en su ciclo perpetuo
Nadie quiso ver el estanque o el musgo que aún cubre
[su ropa

ni las uñas desprendidas, alimento de la hierba
mientras la virgen Sofía permanece con la mirada
[siempre al cielo
y ni siquiera la perturba el traje militar sobre la percha
limpio, almidonado, criminal
que tampoco nadie quiso ver.

V

La ciudad se hunde, cae y besa
la frente de sus hijos
pero no la de Cecilia
ella tiene la mirada al cielo y la boca abierta.

VI

Devoto imploro a la imagen del periódico
que me regrese el uniforme de tergal planchado
[por mi madre
con el bolillo y el café con leche de la cena
el amor impuro e infantil de alguna muchacha

de piernas largas como espigas de trigo
el llanto de entonces y a mis amigos marchitos
pues voy a usarlos para crear un mito
y un ritual contra los bárbaros.

VII

Antes de que Cecilia vuelva a su fosa
la llevaré a comer sopa de fideo con mi abuela
y Dios se reirá entre cucharadas, como se ríen
[los niños muertos.

VIII

Pienso en Cecilia, con su mano para siempre cerrada
que durante años me prodigó un amor estúpido
y yo la dejé ir en silencio.

Ahora busco desesperado su regazo
como quien busca con temor su propia tumba.

IX

Mis uñas crecen insoportables sobre la carne
 y sus uñas se llenan de tierra fértil
Cecilia.

X

Cecilia
Nombre de cualquier niña
muerta en la fosa, olvidada en el estanque
medio desnuda,
con la boca abierta,
con los ojos abiertos
y brillantes,
llora en un bosque
y trata de alcanzar los brazos de la virgen Sofía
quien la mira de reojo sobre una tumba falsa.

XI

Cecilia muere cada día
con una mano sobre su cuerpo

Una vez
            Y otra vez
No.
Detente.

XII

Que se detenga la manada de automóviles
y que se detenga el perro de la calle con su lenta
                                                                [hambruna
por los escombros de la vecindad
la corbata que se balancea agonizante
o los lentes que cabalgan sobre infinidad de narices
como guerreros de una mitología oficinística
que se detengan también
las mujeres divinamente vestidas de color azul pastel
cargando una bolsa de caca de perro
Alto.

XIII

Que todo movimiento se detenga en las sucursales
                                                                [bancarias,

que no suene la música de la fiesta, ni los coros de las bodas,
los ladridos de los perros, el canto largo del zanate
[oscuro,
el martillo del obrero, del carpintero y de todo oficio
[de instrumento,
el automovilista irritado,
y el suave taconeo de las muchachas en la sala de espera

XIV

Que se detenga la hierba que crece entre los panes
¿dónde termina el fruto no maduro,
arrancado sin beneficio?

XV

Que todo se detenga para que Cecilia
no muera en la fosa donde fue arrojada
Que todo se detenga y se levante el silencio
[para que las madres lloren
con los ojos y las manos y el corazón de la virgen Sofía.

XVI

Silencio.
Que no llegue la muerte, por favor.
Silencio.

Furiae
se terminó de formar en diciembre de 2017
en las oficinas de Monte Gatito. Para su formación,
se usaron las fuentes Alegreya y Alegreya SC,
de la fundidora Huerta Tipográfica.